

Entre Grove y Waldo Frank

FELICES, supongo, los que tuvieron ocasión de conocer en la intimidad al rector Juvencio Hernández, puesto que, pasados varios años de su deceso, no se cansan de memorizar y encomiar los méritos de su obra. Del pequeño volumen "Juvencio Hernández Jaque: la fuerza de la universidad", publicado por la Editorial Universitaria en su colección Genio y Figura, y escrito por Teresa Calderón y Mario Cárdenas, se dice que el rector Hernández cumplió en vida los tres preceptos fundamentales del Derecho Romano: el vivir honesto, no dañar a otro, reconocer a cada uno su derecho.

Fue Juvencio Hernández en su tiempo hombre público en todo el sentido de la expresión. Cuando escribió hombre público, recuerdo que esta denominación no sólo dignificaba sino que enorgullecía, sin soberbia, sin vana alabanza. Otro título que llenaba de prestigio era el de profesor de Estado, ese último otorgado por la universidad. El primero, como se sabe, lo otorgaba el sentimiento libre de la colectividad.

En su cargo de rector de la Universidad de Chile, donde mostró sus virtudes de conductor, es decir, de hombre de Estado, Juvencio Hernández hubo de vérselas con situaciones políticas y sociales de índole tan diversa, tan tumultuosas e ingratas algunas como plácidamente halagadoras: otras. Mencionemos sólo dos sucesos: el 5 de septiembre de 1938, día de la masacre del Seguro Obrero, en que las puertas de la Casa Central de la Universidad de Chile recibieron ataques de artillería, y más tarde, en 1941, la fundación del Teatro Experimental.

En 1942 visitó Chile el escritor Waldo Frank, cuya palabra gozaba entonces de enorme predicamento. Hay gente que hoy se pregunta por qué el nombre de Waldo Frank no les dice nada. La explicación de su influencia de entonces venía de ser el autor de "España Virgen" y "Redescubrimiento de América", obras de intuición filosófica al estilo de las que escribía por aquellos años el Conde de Keyserling; de andar en gira de propaganda contra las potencias del Eje y en elocer atractivas conferencias con títulos como "La guerra debajo de la guerra". A su paso por Buenos Aires, los partidarios de Alemania le habían dado un buen gusto, golpeándolo sin compasión. Las fotografías lo exhibieron, ya recuperado, con la cabeza vendada. Recordéme que en los comensos del gobierno de Juan Antonio Ríos, las reclamaciones norteamericanas en orden a alinear a los países de Latinoamérica en un mismo frente contra Hitler y sus aliados se oían pocas. En este campo se registró hasta una suerte de polémica entre el ex Presidente Alessandri y el secretario de Estado Sumner Welles. En el tiempo en que el gobierno de los Estados Unidos hacía públicas unas "listas negras" con nombres de instituciones, empresas comerciales y personas vinculadas de algún modo a los intereses mundiales del Eje (Alemania, Italia y Japón).

En nuestro país ni para los radicales la situación del mundo se presentaba muy clara. El Presidente Ríos, por ejemplo, se obstinaba en el mantenimiento de la neutralidad. Perder esta neutralidad significaba perder una parte sustancial de la independencia económica y embarcarse de hecho al país en las peligrosas fluctuaciones de la guerra. En su obra "La Conferencia de Río de Janeiro, enero de 1942" (Imprenta Nascimento, 1942) don Galvarino Gallardo Nieto afirma que desde 1939 "se nos asediaba en múltiples formas; sucedíanse los documentos de Cancillería; multiplicábanse las invitaciones oficiales o particulares para visitar Estados Unidos; las agencias cablegráficas no se daban punto de reposo en la transmisión de las gráficas impresionadas de Fialano o Zúñiga al descubrir la Estatura de la Libertad antes de bajar del transatlántico o del avión en Nueva York; salía el ministro Tal o regresaba el funcionario Cial, anunciando el uno su propósito de estudiar uno o aquellos y diciendo el otro, al volver al terruño, que venía igualmente impresionado con las maravillas de la grandeza norteamericana".

En Chile, el escritor Waldo Frank, amigo



Juvencio Hernández Jaque, rector de la Universidad de Chile, presidente del Instituto de Chile y gran hombre público.

formidable de esta campaña, se entrevistó con toda clase de celebridades políticas e intelectuales. Aquí, el rector Hernández dispuso las mejores atenciones para el viajero. Magda Arce, escritora, maestra y funcionaria de la Universidad de Chile, le sirvió de secretaria. Manuel Rojas, el novelista, lo acompañó en una vasta gira por el sur de Chile. Dos años después se publicaba el libro de Waldo Frank "Viaje por Sudamérica" (Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1944), en traducción al español de León Felipe, nada menos.

"Marmaduke Grove... Don Marmá como le llaman los chilenos... —escribe Waldo Frank— es un hombre grande y cabro con el rostro cándido de un niño. Avanza continuamente el revólver que siempre lleva consigo, «¡tú al sur con usted. Formaremos un pequeño comité en el que entrará Julio Barrancochea, para que usted pueda hablar de poesía cuando guste; nosotros lo cuidaremos». Acepto alegremente. Pero cuando Magda le lleva la noticia a Juvencio Hernández, rector de la Universidad de Chile, éste sacude negativamente la cabeza: «Si va Grove será un viaje político con diez mil personas en cada estación. Los alemanes se sentirán invadidos y provocados. Huberá escándalos... Si Grove va, no irá nadie dependiente de la universidad. Y esto eliminaría a Magda, a quien yo necesito; y a Manuel Rojas, el cuentista, que desea acompañarme. Y aunque yo quiero mucho a Don Marmá, las multitudes y la política no son mi plato predilecto. Admito que a duras penas podría prescindir de él. Y yo estoy pensando en mis tranquilos paseos por las ciudades y los campos, mi mejor manera de enterarme de las cosas...».

Más arriba habla escrito, peripetizadamente, Frank: "Creo que la presión diplomática so-



Marmaduke Grove.



Enrique Lafourcade.

bre Chile para que rompiese con el Eje fue completamente inútil. El sentimiento de Chile ante la solidaridad americana es iberoamericano; su amistad con Brasil es profunda y la entrada de Brasil en la guerra influyó sobre Chile más que todas las conferencias de ministros enviados, más que todas las notas amables y más que las invitaciones del Presidente Roosevelt".

Con toda sinceridad, al margen de su inteligencia natural, de su amplísima cultura, pienso que en la carrera de Juvencio Hernández Jaque, como buen exponente de su época, influyó de manera considerable su militancia en el Partido Radical así como gravitó el tema de la pedagogía masónica. El ejercicio de la función pública, con carácter renovador, imponía en esos tiempos, la exigencia de academias severas. Discutidos los años, me tocó ver a Juvencio Hernández Jaque al frente del Instituto de Chile. Me pareció persona de criterio muy abierto y propicio a la fina expansión del espíritu. A la Academia Chilena de la Lengua se le ocurrió distinguir con un premio a Enrique Lafourcade en el apogeo del régimen militar. En su discurso de agradecimiento, Lafourcade, para no faltar a sus hábitos, dijo cosas a contracorriente que invitaban al rufianismo. Noté, en medio de la barahúnda, en medio de ojos en blanco y repentinis ataques de asma, que el presidente del Instituto de Chile, Juvencio Hernández Jaque, permanecía firme y sereno en su puesto hasta el término de la diatriba. Luego excusó el percance de este modo: "Así es Lafourcade". René Silva Espejo, académico de la Lengua y director de "El Mercurio", le comentó a Lafourcade que su intervención había sido como un disparo en la Catedral.

Entre Grove y Waldo Frank [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Entre Grove y Waldo Frank [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile